

Nuestra América

José Martí



Prólogo y notas

Cintio Vitier

Nuestra América



A la y raíz

Nuestra América

José Martí

Prólogo y notas

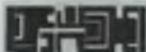
Cintio Vitier



CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

LA HABANA, 2006

República Bolivariana de Venezuela
Instituto Autónomo



Biblioteca Nacional
y de Servicios de Bibliotecas

Casa de Nuestra América
José Martí

Edición / Laura Álvarez Cruz
Edición crítica por Cintio Vitier

Primera edición:
Centro de Estudios Martianos
Casa de las Américas, 1991

Segunda edición:
Centro de Estudios Martianos, 2001

© Cintio Vitier, 2006
© Sobre la presente edición:
Centro de Estudios Martianos, 2006

Tercera Edición:
Sobre la presente edición:
Casa Nuestra América José Martí, 2010

Diseño y cubierta / Yajaira González
Composición / Yajaira González y Marleny Pirela

ISBN 959-271-043-0

Centro de Estudios Martianos
Calzada No. 807, esq. a 4, El Vedado,
Plaza de la Revolución, La Habana, 10400, Cuba
Fax: (537) 833-3721
E-Mail: cem@josemarti.co.cu

Imagen de la portada: Retrato de Martí. Jorge Arche, 1943

CASA DE NUESTRA AMÉRICA JOSÉ MARTÍ
Boulevard Panteón, esq. de Veroes a
Jesuitas, no. 311, Parroquia Altigracia
Caracas, República Bolivariana de Venezuela
Telefax (0212)862.90.82

JUNTA DIRECTIVA:
CASA DE NUESTRA AMÉRICA JOSÉ MARTÍ
Caracas - Venezuela

Dr. Ramón Losada Aldana
(Presidente Honorario)

Lic. Humberto González
(Presidente)

Prof. Edmundo Aray
(Vicepresidente)

Dra. Zaida Castro Delgado
(Directora Ejecutiva)

Prof. Miguel Alfonso Cedeño
(Secretario)

Dr. Alberto Rodríguez Carucci
(Relaciones Internacionales)

Vocales

Dr. Erick Núñez

Prof. Sergio Briceño García

Lic. Rosa Elena Pérez Mendoza

Lic. Carlos Servando García

Prólogo

“El escritor”, dijo Martí en su *Revista Venezolana*, Caracas, 1881, “ha de pintar como el pintor”, y por eso buena parte de su obra pertenece tanto a la historia de nuestra literatura como a la historia de nuestra pintura. Y para entenderla a esta luz no debe olvidarse lo que dijo de Goya en una carta a Enrique Estrázulas de 1888: “Es de mis maestros”, lo que fue intuitivamente captado por Sarmiento en su estupendo elogio de la prosa martiana, donde habla de su “estilo de Goya”. Desde *El presidio político en Cuba* hasta el *Diario de campaña* la escritura de Martí es en gran medida la obra de un pintor verbal —expresionista, impresionista, muralista, retratista—, sin contar sus anticipos de las técnicas cinematográficas en muchas de sus *Escenas norteamericanas* y en algunos de sus *Versos sencillos*, como, señaladamente, los poemas IX (“Quiero a la sombra de un ala”), XXVII (“El enemigo brutal”) y XXX (“El rayo surca, sangriento”). Pero, como

puede verse por los pocos ejemplos aducidos, que pudieran multiplicarse, y sin minimizar el influjo colorista de la literatura francesa que tan bien se conjugó con el colorismo natural que estaba en el fondo del modernismo hispanoamericano, es lo cierto que la declaración de Martí en la *Revista Venezolana* viene a ser la culminación de una tendencia a hablar y pensar por imágenes, que es lo que se observa en los ejemplos de Varela y Luz, lo cual desde luego resulta más significativo y profundo que el simple describir por imágenes o traducir con palabras el lenguaje pictórico, que es lo que respectivamente hacen Cruz y Casal.

Hacia 1891, el año también de los *Versos sencillos* y los discursos “Con todos, y para el bien de todos” y “Los pinos nuevos”, ya Martí era un maestro de la imagen pictórico-verbal en todas sus formas, y especialmente en su función política, la que había tenido su manifestación primera en el alegorismo expresionista de las recapitulaciones finales de *El presidio político en Cuba*, encabezadas por el imperativo “Mirad, mirad”. Las imágenes aquí son visiones, como en el poema a los estudiantes de Medicina fusilados en 1871: “A mis hermanos muertos”. En un medio intelectualmente positivista, en el que sus concepciones espiritualistas disonaban, y acuciado

diariamente por problemas sociales que exigían “examen y consejo”, el periodismo mexicano de Martí, por otra parte esencial para su formación americanista, fue el menos imaginístico de toda su ejecutoria, como también lo fue su poesía transicional de aquellos años. El tono visionario no volvió a su palabra hasta la década del 80, cuando pronunció el discurso en el Club de Comercio de Caracas, y escribió el *Ismaelillo* y “versos libres” como “Pollice verso”, y “Canto de otoño”, “Homagno”. Entretanto, el ensanchamiento del ángulo visual y la rapidez y simultaneidad exigidos por las crónicas norteamericanas, le devolvieron y llevaron a su plenitud los recursos imaginísticos que estuvieron siempre latentes en ella. Recursos que, teniendo ahora su mayor estímulo en la necesidad de concentrar y componer, se acercan más a lo que hace años llamé “imaginización” —capacidad de convertir la realidad en imágenes— que a otras acepciones más usadas del término “imaginación”. No se trata, desde luego, de fantasear o inventar cosas que no existen, sino de ver la realidad, aparentemente azarosa o caótica, bajo especie de imagen poética y plástica, con lo cual se ofrece estructurada, fascinante y llena de sentido social, político, humano. La imagen resulta así, no un truco supuestamente

embellecedor o sustitutivo, sino, rigurosamente, un medio e incluso un método de conocimiento. La función cognoscitiva, política y revolucionaria de la “imaginización” y la metaforización en los discursos, las crónicas y los ensayos de Martí a partir de 1881 —año de su anagnórisis bolivariana— es enorme, y de ello tenemos dos ejemplos conexos en su discurso “Madre América” y en las páginas cenitales cuyo centenario estamos celebrando: *Nuestra América*.

El discurso escrito para los delegados a la Primera Conferencia Internacional Americana, pronunciado el 19 de diciembre de 1889, poco más de un año antes de aparecer en *La Revista Ilustrada* de Nueva York el ensayo, alegato y proclama *Nuestra América*, puede leerse como prólogo o primer capítulo suyo, tal es la continuidad ostensible de dos textos que íntimamente se enlazan y se suponen entre sí, además de ser hijos centelleantes, cada uno en su género, de la misma inspiración estilística, donde la historia y sus lecciones aparecen bajo especie de imágenes. Después del conmovido preámbulo, por el que revuela a través de la angustia y el frío, el canario “con cintas y lazos en el pico” que volverá con su misteriosa alegría a rubricar los *Versos sencillos* de “aquel invierno de angustia”; después del

preámbulo en que se propone a la historia la imagen tan dichosa como difícil del “guerrero magnánimo del Norte, que da su mano de admirador, desde el pórtico de Mount Vernon, al héroe volcánico del Sur”, y se adelanta la toma de partido irrenunciable —“para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez”—, se presenta el paralelo memorable de los orígenes y desarrollo de las dos Américas como un vertiginoso y a la par nítido desfile de imágenes que nos hace pensar en la posibilidad de un Arthur Rimbaud de la historia, porque Martí fue, en efecto, además de un visionario, un vidente o, como él prefería decir, un “veedor” real de la historia. Basta que diga: “Viene, de fieltro y blusón, el puritano intolerante e integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba, levanta la escuela [...]”, para que veamos los orígenes traicionados de los Estados Unidos. Basta que diga: “Allá, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almohada un tronco recién caído o un indio muerto. Y en las mansiones solariegas del Sur todo

es minué y bujías, y coro de negros cuando viene el coche del señor, y copa de plata para el buen Madeira...,” para que veamos la expansión depredadora hacia el Oeste y la exquisitez culpable del esclavismo sureño. Basta que diga: “A su héroe, le traen el caballo a la puerta,” para que veamos a Washington. O que diga: “¡y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos [...]!” para que veamos a Lincoln y todo lo que él significó. Porque aquí ver no es sólo ver, es entender. Si tomamos cualquiera de las imágenes históricas de Martí, si consideramos cada uno de sus elementos plásticos y la resultante del conjunto, el análisis socioeconómico y político sale de ellas como el hilo del ovillo. “De un ojeo copio la sala,” dice en una página del *Diario*, que es donde su capacidad de videncia física y espiritual alcanzó la máxima velocidad y precisión. De un ojeo, también, copia la historia, sólo que su copia es de esencias trasmutadas en imágenes. Lo que nos ofrece no es una descripción ni un análisis ni, al menos intelectualmente hablando, una síntesis, sino, quizás, lo que Duns Scotto llamó “*haeceitas*”, es decir, lo universal en lo singular o más bien lo universal *como* singular. La eficacia de este sistema expresivo se nos hace evidente a cada paso, y en especial cuando acude a nivel aforístico y nos

dice en una línea: "Del arado nació la América del Norte y la Española, del perro de presa." El desfile imaginístico prosigue para darnos el mural de los "orígenes confusos y manchados de sangre de nuestra América", y las miserias de su conquista y su colonia inquisitorial y pintoresca, pero también la irrupción gloriosa de nuestra epopeya libertaria, porque el sentido no descriptivo sino revelador de este paralelo se nos pone de manifiesto cuando, de una parte, en el párrafo que encierra la historia de los Estados Unidos, se nos advierte: "La libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad, una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava", y de la otra, en el párrafo que aloja desde Moctezuma hasta Bolívar, lo que suena y resuena es aleluya: "¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surgen Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo la América entera!" Y esa América entera —aunque después del triunfo por

la herencia colonial y hasta sanguínea lo olvidara— fue en principio y de hecho, desde la arrancada épica, la de los indios y los negros y los cholos y los gauchos que Martí nos pinta en la cabalgata inolvidable de “los cascos redentores”. Y su mayor proeza, no obstante los muchos yerros que va a puntualizar en *Nuestra América*, fue la de trocar el “veneno” de la esclavitud en “savia” de la libertad, la de haber sido “sentina” y comenzar a ser “crisol”; o, como dice insuperablemente con cuatro palabras y una coma esencial, de esas que ahondan sus imágenes hasta los últimos fondos: “Sobre las hidras, fundamos.” Y lo que fundamos, más por inspiración telúrica que por herencia histórica, a lo que aspiramos “por el poder del alma de la tierra, armoniosa y artística, creada de la música y beldad de nuestra naturaleza, que da su abundancia a nuestro corazón y a nuestra mente la serenidad y altura de sus cumbres”; lo que hicimos posible, no obstante los yerros políticos y sociales que ya aquí se apuntan, fue la esperanza en una “libertad humanitaria y expansiva, no local, ni de raza, ni de secta, que fue a nuestras repúblicas en su hora de flor”. Y esa diferencia de los dos proyectos de liberación de las dos Américas se subraya, no por mero gusto comparativo ni de autocomplacencia, sino para cimentar en razones universales

la toma de partido radical que este discurso nos sigue proponiendo en cuanto prólogo de *Nuestra América*: “No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos deslumbrados [...] En vano [...] nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus cobardías el corazón, a la tibieza y al olvido. ¡Donde no se olvida, y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América, como luz y como hostia; y ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí!” Quizás esas “modas nuevas de fanatismo” fuesen, por aquellos años, la hispanofobia que Martí siempre detectó como secreta aliada del anexionismo, o quizás fueran las corrientes anarquistas, enemigas de la idea de patria en nombre de un obrerismo fanático y descaminado, que veladamente combatió y finalmente convirtió a la lucha por la independencia cubana. En nuestros días, de otro fanatismo podemos hablar: el fanatismo por el “american way of life”, diseminado a nivel mundial y principalísimo enemigo del ser y el *deber ser* de nuestra identidad latinoamericana.

Para la defensa de nuestro *deber ser* histórico se escribió *Nuestra América*, que empieza conjugando ecuménicamente dos imágenes fabulosas, la de “los gigantes que llevan siete leguas en las botas” y

la de “la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos”, ambas referidas a una situación muy concreta del tiempo de Martí y más aún del nuestro: el creciente abismo entre los países poderosos y los débiles, entre lo que hoy llamamos desarrollo y subdesarrollo. Situación clave de toda la historia contemporánea. La primera de esas imágenes alude a un personaje de cuentos para niños, como *Pulgarcito*, de Charles Perrault, de factura europea y probable ascendencia oriental. Como respuesta a la mencionada situación de enorme desigualdad entre unos países y otros, y concretamente la América del Norte y la del Sur, ya en “Meñique”, en *La Edad de Oro* (julio de 1889), Martí había ilustrado para los niños de nuestra América, mediante el cuento de Labou-laye, la tesis de que “el saber vale más que la fuerza”; y en su última carta a Manuel Mercado (Campamento de dos Ríos, 18 de mayo de 1895) recordando quizás un apunte suyo en que observó que “Davides han hecho más que Goliates,” consagrará políticamente, a partir del relato bíblico (1 Samuel 17), la imagen del pastorcillo David como vencedor del gigante Goliat: “Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas —y mi honda es la de David,” donde por cierto parece implicarse también la figura del profeta Jonás, que

según otro relato bíblico vivió en el vientre de una ballena, “monstruo” de donde proviene el símbolo del Estado todopoderoso: el *Leviatán*, en Thomas Hobbes, y el símbolo del Mal Absoluto, La Ballena Blanca: en *Moby Dick*, de Herman Meville, penetrado de calvinismo hasta la médula. En cuanto a “la pelea de los cometas en el cielo”, su origen es más críptico, pero el propio Martí, en su artículo “El hombre antiguo de América y sus artes primitivas” (*La América*, Nueva York, abril de 1884) nos da la pista al referirse a una creencia indígena, la de “los cometas orgullosos, que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas”. Puestos a investigar estas metáforas mitológicas, encontramos que Aristides Rojas, gran amigo venezolano de Martí, en sus *Estudios indígenas* (1878), informaba que: “Los macusies, en la [...] región de Orinoco, llaman al cometa *copeeseima* que quiere decir *nube orgullosa*; y también *wocinopsa*, que equivale a *un sol castigando las luces que lo siguen*,” mientras “el sol dormido, en otros idiomas americanos, según Humboldt, es la luna (“sol de noche”, “sol que duerme”), y “la montaña inmóvil” para los quechuas era Sirio, al que consideraban centro del Universo. Toda la metáfora de los cometas que en su pelea “van por el aire dormidos

[es decir, irresponsables] engullendo mundos”, debe relacionarse con el siguiente pasaje de la crónica titulada “Congreso Internacional de Washington” (*La Nación*, Buenos Aires, 19 y 20 de diciembre de 1889), donde se explicita políticamente su sentido: “¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?”

Este primer ejemplo nos muestra la riqueza de asociaciones metafóricas de que suele valerse Martí en la prosa política de su madurez, riqueza que puede llegar a ser críptica sin dejar de ser nunca plenamente comunicativa, milagro nunca visto antes ni después. No es indispensable haber leído en el profeta Isaías (18,3): “Vosotros, todos los moradores del mundo y habitantes de la tierra, cuando se levante bandera en los montes, mirad; y cuando se toque trompeta, escuchad,” para entender a Martí cuando dice: “Una idea enérgica flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados,” pues la alusión a la bandera del juicio final, a la que se atribuye todo el poder del espíritu frente a la fuerza bruta, subordinada en este caso a la idea política central, es asumida y clarificada por

ésta sin necesidad de más explicación, aunque sin duda el conocimiento cabal de lo aludido confiere a la lectura la máxima completez a que debemos siempre aspirar. El “escuadrón de acorazados”, por lo demás, no ofrece dudas: ¿qué país de nuestra América podía contar con un escuadrón de acorazados? De este modo un sintagma común, sin aparente connotación simbólica, se trasmuta naturalmente, sin cambiarle una sílaba ni añadirle un adjetivo, en imagen del poderío injusto y agresor. Frente a él ha de flamear la idea justa e invencible; y para que en verdad lo sea —tema que musicalmente aquí se esboza como el toque de trompeta que volverá con redoblada fuerza al final— no hay otra táctica ni estrategia que la unión, para expresar la cual surge la imagen más espontánea, la que desde los comienzos de nuestra poesía se vino anunciando con el reclutamiento ferviente y minucioso, en verdaderos escuadrones arbóreos, de los palos del monte que ocuparán su sitio más alto en una página del *Diario de campaña*, y aquí se tornan imagen de una resistencia histórica: “¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas!” Es el “no pasarán” de América Latina: el “no pasarán” de la bandera del espíritu, de la naturaleza alzada en historia, amparadora de “la marcha unida”, porque “hemos de andar en cuadro

apretado, como la plata en las raíces de los Andes”, símil telúrico que resonará en la carta de despedida a Federico Henríquez Carvajal de 25 de marzo de 1895, el mismo día de la última carta a la madre y del *Manifiesto de Montecristi*: “Hagamos sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.”

Qué bueno que lo doctrinario se trasfunda también en lo pintoresco, y que la caricatura de buena ley le salga al paso a la frivolidad que puede corroerlo todo: la frivolidad que es el fruto hueco del desarraigo, reverso del ya fustigado aldeanismo, y en definitiva otra forma o consecuencia de él. La pluma goyesca de pronto reaparece para esbozar este rápido *capricho* de los desarraigados o “sietemesinos”: “No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulseras, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. [...] Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes.” Y aquí no estaría de más saber que esos “faroles” son los de “farolear” o “fanfarronear” y que esos “sorbetes” parecen estar en su acepción mexicana de sombrero de seda, de copa alta, o sombrero de pelo, chistera; y que Tortoni era un famoso restaurante parisién. Qué falta nos

haría una pluma semejante para satirizar a los que el propio Martí llamara “vaqueros perpetuos”, hoy esparcidos por todo el planeta con sus calculados andrajos y pelambres de falsos pobres, hermafroditas electrónicos comiéndose el micrófono, gimoteando o aullando con su gangarria histérica entre las humaredas de un infierno de pacotilla. Y si Martí los llamó, a los desarraigados de su tiempo “increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres”, qué diríamos hoy de los que prostituyen *su* español, con todo lo que este posesivo significa, al inglés o al yanqui o al *slang*, modulador de sus voces vacías. Pero si tal era el costado frívolo o indignante del desamor a lo propio —flaqueza más peligrosa hoy por el descomunal aumento de los medios masivos de comunicación en manos del imperio—, yerro más grave era, dice Martí en “Madre América” que “por llevar el libro delante de los ojos, no viéramos, al nacer como pueblos libres, que el gobierno de una tierra híbrida y original [...] debía comprender, para ser original y fecundo, los elementos todos que, en maravilloso tropel y por la política superior escrita en la Naturaleza, se levantaron a fundarla”, verdad que ahora, en *Nuestra América*, resume en imágenes aforísticas: “Con un decreto de Hamil-

ton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india.” De Alexander Hamilton, nacido en la isla antillana de Nevis, uno de los principales colaboradores de Washington, había escrito, retratándolo, en su crónica sobre “Las fiestas de la Constitución en Filadelfia” (*La Nación*, 13 de noviembre de 1887): “Allí el impetuoso Hamilton en quien la elegancia contenía el valor y la gracia el genio, sagaz, incansable, de talentos múltiples; cauto en obrar y hablar; hijo de escocés y francesa; precoz, como nacido en zona cálida; fundador de la hacienda; hombre de arriba, de brillo y de pompa; acusado de desear la monarquía; no limpio de culpa; muerto luego de un balazo.” ¿Y Emmanuel Joseph Sieyès? De este abate y político, famoso como teórico de la Revolución Francesa, autor de *El Tercer Estado*, fundador del club de los Jacobinos y otras etcéteras de indudable rango y mérito, no era de esperarse que ayudara a “desestancar la sangre cuajada de la raza india”, que debió ser para él estampa lejana, y muy poco o nada hubiera entendido del imperativo marcado por Martí en su discurso del Club de Comercio de Caracas: “hay que devolver al concierto humano interrumpido la voz americana, que se heló en hora triste en la garganta

de Netzahualcóyotl y Chilam; hay que deshelar, con el calor de amor, montañas de hombres.”

La necesidad de autoctonía en el “espíritu” y la “forma” del gobierno de nuestras Repúblicas, así como de lograr “el equilibrio de los elementos naturales” de cada país, queda sellada en estos párrafos. No era idea totalmente nueva, ni para serlo tenía que carecer de antecedentes, pues lo original, en política, es precisamente lo que viene de un origen al que permanece fiel. Por eso nos complace encontrar en el “Discurso de Angostura” (15 de febrero de 1819), de Bolívar, una temprana formulación de estas ideas, cuando leemos: “¿No sería muy difícil aplicar a España el código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las leyes del Norte de América.” Bolívar, sin embargo, según él mismo argumenta enseguida, se inspiraba en las formulaciones teóricas de Montesquieu en el *Espíritu de las leyes*, formulaciones en sí mismas inobjektables pero a las que faltaba esa teluricidad invocada por Martí al remitirse, en “Madre América”, con una audacia poco notada, a “la política superior escrita en la naturaleza”. Claro que esa teluricidad, en el caso de Bolívar como lector de Montesquieu, la ponía Bolívar mismo, y su conclusión era acertadísima al escoger entre las dos grandes Revoluciones de su

tiempo, cuando exclama: “¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!” Martí, como sabemos, irá más lejos, aunque siempre en la misma dirección, al exclamar en su discurso sobre Bolívar de 1893 sustituyendo en su antifona, quizás por delicadeza Montesquieu por Rousseau: “¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!” Lo cual no significa, desde luego, desconocer a Rousseau, ni a Montesquieu, ni a Washington, sino recibirlos desde el propio ser, convertirlos en elementos y alimentos de nuestra originalidad, que debe ser en todo caso la rectora de nuestras asimilaciones. Y si Martí insiste en este punto, no es para iniciar un debate académico, sino porque, de hecho, no obstante la grandeza y la teluricidad revolucionaria de la persona de Bolívar, las Repúblicas nacidas al conjuro de su espada no lograron superar el vínculo oligárquico de la mayoría de sus libertadores ni la tendencia libresca de la mayoría de sus ideólogos. Con bastante crudeza lo había consignado Martí diez años antes, en el *Cuadernos de apuntes* donde escribió: “En América, la revolución está en su período de iniciación.—Hay que cumplirlo. Se ha hecho la revolución intelectual de la clase alta: helo aquí todo. Y de esto han venido más males que bienes.” Por eso *Nuestra América*, escrita cuando Martí padecía por los aviesos propó-

sitos de la Conferencia Internacional Americana y por los conocidos proyectos yanquis de comprar a Cuba, pero también por el peligro de que, una vez liberada de España y formalmente independiente, siguiera el camino erróneo de las otras Repúblicas hermanas, consiste fundamentalmente en una crítica amorosa (“Amar: he aquí la crítica,” dijo en Caracas) a las consecuencias inmediatas de la liberación de Hispanoamérica, y en una polémica tácita con el único hombre que, junto a Rubén Darío, reconoció en su tiempo la grandeza de la expresión martiana: Domingo Faustino Sarmiento, su máximo adversario en la concepción de lo que era y debía ser la América nuestra.

A propósito de ese *deber ser* o futuridad que incessantemente se proyecta en estas y otras muchas páginas afines, observo que Martí, como hacían los profetas hebreos, suele dar por hecho lo que en realidad es una plenitud inalcanzada. Es como si lo que debe ser, lo más justo y hermoso, precisamente por serlo, estuviera inscrito en el presente espiritual de la visión, o en el pasado sin caducidad de la consumación. Así cuando Martí nos dice que “el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural”, o que “los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales”, o que “el mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico”, o, ya

lanzando la estocada a fondo a la tesis sarmientina, que “no hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”, sería descaminado tomar todo esto gramaticalmente y en sentido literal. Más bien habría que tomarlo en el sentido que Santo Tomás llamó “anagógico”, esto es, el sentido de las cosas de este mundo “según lo que está en la gloria”, sólo que en este caso habría que sustituir gloria por historia, a saber: según lo que deberá estar, y por lo tanto intencionalmente está, en la historia. La prueba de ello es que, casi de inmediato, Martí parece contradecirse cuando pasa al verdadero presente histórico y pregunta: “¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen.” Y como no sólo diagnostica el mal presente, sino que indica sus remedios, entendemos que estos son para que, curado el cuerpo social de sus deformaciones, puedan cumplirse los ideales establecidos en el párrafo anterior. Todo lo cual desemboca en el consejo insuperable; en el imperativo sumo de nuestra mejor jardinería his-

tórica: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas." El recuento que enseguida hace, como en reducción aun mayor de lo imaginísticamente concentrado en "Madre América", nos confirma en la polisemia temporal de nuestra lectura cuando concluye que "entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico". Y más adelante, cuando haya logrado, como en un fogonazo, fijar la imagen goyesca, aparentemente dura y en el fondo apiadada, que merecimos ("Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre, y la frente de niño. Éramos un máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España"), se ve claro que "el genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga", y que si en verdad se empezara "a probar el amor", surgirían "los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza".

¿Y el tigre? De las primeras lecturas de *Nuestra América* lo que más nos quedaba era el tigre, inespe-

rada imagen de la colonia que, como diría también Varona, “se nos viene encima”, pero imagen que, sobrepasando su función semántica, nos parecía que se despolitizaba y era puro tigre, o quizás demasiado tigre para aquella función. Y tanto era así, que nunca hemos podido ajustar del todo, en este caso, el símbolo con lo simbolizado, por cierta tendencia irreprimible, quizás de raíz onírica, a invertir los términos y ver al tigre que “espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa”, que “muere, echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire”, que no “se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo”, que “cuando la presa despierta tiene al tigre encima”, que “espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina”, que “morirá” (y por la reiteración misma, parece que no muere), “con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos”, más como imagen de la selva indómita, de la llamada “barbarie”, que del pomposo y retórico mundo de “el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado”, ciego y viscoso mundo que, si de preferir imágenes se trata, mejor nos parece representar el pulpo también escogido para esta heráldica, porque “la juventud angélica, como de los brazos de un pulpo echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes”, y todavía “sobre

algunas repúblicas, está durmiendo el pulpo". Y si en nuestros días tuviéramos que escoger la alimaña emblemática del imperialismo, desconociendo su pretensión al águila romana, tampoco le haríamos el honor del tigre espléndidamente cantado por William Blake: "Tiger, tiger, burning bright / In the forests of the night, / What immortal hand or eye / Could frame thy fearful symmetry?"

El argumento central de *Nuestra América* es sencillo. Los peligros que hay que enfrentar son de dos clases: internos (aldeanismo, desarraigo) y externos, los provenientes del "vecino formidable que no la conoce". El elemento de "desdén" en la actitud de los Estados Unidos hacia los pueblos de nuestra América fue claramente captado por Martí. Varias veces aludió a él, pero nunca, por necesaria cautela política, de modo tan crudo como en su última carta a Manuel Mercado cuando se refiere a las gestiones anexionistas e imperialistas del "Norte revuelto y brutal que los desprecia" [a nuestros pueblos]. En el texto que comentamos subraya que "el desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América". Ciertamente que, agotando las previsiones de la buena voluntad, supone que el desdén puede ser efecto del desconocimiento y que mostrándonos dignos y capaces nos haremos

respetar, pero en el fondo sospecha —y en la carta a Mercado se trasluce con evidencia— que el desdén es *la causa* del desconocimiento. Por eso afirma que ese “desdén” —o “desprecio”— es “el peligro mayor”. Frente a él, la única defensa, como ya lo previera grandiosamente Bolívar, es la unión de nuestros pueblos. Lo que propone Martí, sin embargo, no es exactamente lo mismo. Nótese que dice la unión “tácita”, y no de las naciones, sino del “alma continental”, lo que excluye la idea de la unión o federación política y administrativa de los países de “nuestra América”, proyecto erróneo en el que, no obstante su reconocida y exaltada grandeza, cayó el Libertador, “empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución”, en “desacuerdo patente” con “la misma revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia del gobierno local y con la gente de la casa propia”, según se lee en el discurso en homenaje a Bolívar del 28 de octubre de 1893, donde insiste en que lo deseable era “la unidad de espíritu”, no la “unión en formas teóricas y artificiales”, y de nuevo apela a “la fuerza moderadora del alma popular”. Y decimos “de nuevo” porque su fe en “el genio de la moderación”, frase clave de *Nuestra América*, fue esencial y recurrente en

el credo revolucionario martiano, como lo ha demostrado Fina García Marruz en su ensayo *El amor como energía revolucionaria en José Martí* (Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003), en el que observa la relación profunda que establece entre el heroísmo y la moderación dentro de la dinámica más profunda de “la capacidad de sacrificio”. Martí consideró a la moderación virtud vinculada con “la armonía serena de la naturaleza”, distintivo de los mejores hombres de “nuestra América”, cuyo paradigma poético lo encontró en Heredia: “volcánico como sus entrañas, y sereno como sus alturas”; y tan elogiosa como esperanzadamente se refirió varias veces al “heroísmo juicioso de las Antillas” y a “la moderación probada del espíritu de Cuba”, expresiones consagradas en el *Manifiesto de Montecristi*. Ese “genio de la moderación”, desde luego, como su prédica fundamental de la “guerra sin odio”, nada tiene que ver con tibieza, flojera o conciliaciones culpables, en primer término porque el concepto martiano del amor no es únicamente afectivo sino también cognoscitivo (“El amor es quien ve”), ni tiene un sentido únicamente ético sino también político, instancias en él indiscernibles (“Los odiadores debieran ser declarados traidores a la República. El odio no construye”);

y en segundo lugar, porque la toma de partido por “los pobres de la tierra” preside todo su pensamiento y toda su acción, según se hace patente en su crítica a los frutos de la epopeya bolivariana: “Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores”, y en el grito de guerra que llega hasta nosotros con palabras de fuego de amor: “¡Bajarse hasta los infelices, y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas la sangre natural del país!” Palabras a las que siguen, otra vez, los designios futuros que él ve, para enamorarnos de ellos y espolearnos a su consecución, como ya realizados en la historia: “En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos.” Porque estos serían, estos serán, los hombres nuevos de la integración latinoamericana que sigue siendo el tema candente y movilizador de las más profundas y mejores fuerzas, únicas salvadoras, de nuestro destino continental.

Aquel grito de guerra, iniciado por los árboles puestos en fila “para que no pase el gigante de las siete leguas”, culmina en un himno jubiloso: “¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor,

regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!” En su artículo “Maestros ambulantes” (*La América*, Nueva York, mayo de 1884) había escrito Martí: “¡Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones, como cuentan los indios del Amazona que para crear a los hombres y a las mujeres, regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!” La imagen del Gran Semí (o Grande Espíritu) procede sin duda de la figuración mítica del Padre Amalivaca, propia de los indios tamanacos, sobre el cual da preciosas informaciones, seguramente conocidas por Martí, su amigo venezolano Aristides Rojas en *Estudios Indígenas*. Allí leemos —en relato a su vez extractado por Rojas del *Saggio di storia americana* (Roma, 1780-1784) del abate Filippo Salvatore Gili— que una vez aplacado el diluvio que destruyó la primera raza humana, los dos únicos sobrevivientes, Amalivaca y su mujer, “comenzaron a arrojar, por sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que de las semillas de ésta salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra”. Otro aspecto del mito que debió impresionar a Martí es que Amalivaca les fracturó las piernas

a sus hijas “para imposibilitarles en sus deseos de viajar y poder de esta manera poblar la tierra de los tamanacos”, señalando así a los indígenas el camino de la fidelidad a lo propio, de la autoctonía, que es para Martí el camino fundamental de América. Por otra parte —y esto nos remite de nuevo a la polémica tácita con Sarmiento—, Humboldt consideró al Gran Semí evocador de Amalivaca como “el personaje mitológico de la *América bárbara*”, en contraposición incluso con la América “civilizada” de los incas y de los aztecas. Todo el texto de *Nuestra América* puede leerse a la luz del criterio profundamente descolonizador según el cual para Martí, en la *praxis* histórica, *barbarie* “es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea”, según se lee en “Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos” (*La América*, junio de 1884).

Los principios rectores de *Nuestra América* nos llevan a pensar que, en las circunstancias objetivas que nos ha tocado y nos toca vivir y afrontar, Martí hubiera aprobado el espíritu de las siguientes palabras de José Carlos Mariátegui. “No deseamos ciertamente que el socialismo en América sea una copia o un calco. Debe ser una creación heroica. Debemos dar

vida, con nuestra propia realidad, con nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano." (*Ideología y política*, Lima, 1969). Y quien dice indoamericano, dice indo-hispano-afro-americano, ya que se trata, en suma, de la posibilidad de un socialismo original de "nuestra América", —que tuvo su primer antecedente en el comunismo primitivo de Tahuantinsuyu—, lo que no implica renegar del pensamiento de los fundadores del comunismo científico, sino injertarlo de tal modo que la savia de nuestra realidad lo haga nuestro, lo vivifique y enriquezca. Tal es, en las complejas y peligrosas circunstancias actuales, el camino valientemente emprendido por Cuba, cuya Revolución tiene en Martí el baluarte más firme de su autoctonía y de su universalidad.

CINTIO VITIER

Nuestra América

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas,¹ y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo,² que van por el aire dormido[s] engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos:³ las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedras.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final,⁴ a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen, han de darse prisa para conocerse, como

quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quiere[n] que le[s] llamen el pueblo ladrón,⁵ devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor, no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades: ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.⁶

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra, son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar

el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles,⁷ o vayan a Tortoni, de sorbetes.⁸ ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, bribones, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios,⁹ y va de menos a más, estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios,¹⁰ y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres, y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington¹¹ que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos “increíbles”¹² del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los

increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

¿Ni en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América,¹³ levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal,¹⁴ porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irredimible¹⁵ a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal¹⁶ famoso, guiando jacas de Persia y derra-mando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton¹⁷ no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès¹⁸ no se desestanca la sangre cuajada de la raza india.¹⁹ A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para

gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.²⁰

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie,²¹ sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras esta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recabar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta

conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder: y han caído, en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno, y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude, y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras *yankees* o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país

en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta,—sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes²² de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.²³ Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.²⁴

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen²⁵ salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer²⁶ alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español,²⁷ a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España.²⁸ Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas.²⁹ Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso, que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna

desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, o los redentores bibliógenos³⁰ no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella,—entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente, descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón:—la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu. Con los oprimidos había que hacer causa común, para

afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.³¹ El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere, echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros, —de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen,³²—por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia³³ el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos: al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con el lanzón, se puede echar al lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide³⁴ “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación³⁵ que parece imperar, por la armonía serena de la naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura

crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio³⁶ en que se empapó la generación anterior,—le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.³⁷

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte-América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga,—en desestancar al indio,—en ir haciendo lado al negro suficiente,—en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor,³⁸ y el general, y el letrado, y el prebendado.³⁹ La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza coronada de nubes. El

pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro *yankee*, daban la clave del enigma hispano-americano. Se probó el odio,⁴⁰ y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil,—de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte,—se empieza, como sin saberlo, a probar el amor.⁴¹ Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?” Se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojimar un problema, no van a buscar la solución en Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear, es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos, y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por

la hendidija, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices, y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas, estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores, empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos, traen los caracteres nativos a la escena. Las academias, discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillezca,⁴² y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado.⁴³ La prosa, centelleante y cernida, va cargada de ideas. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento, y de

cochero a una bomba de jabón: el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano, y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña.⁴⁴ Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles;—como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista, y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana, aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla;—como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la

provocación pueril, o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América,—el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas,—y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre, y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele, y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería,⁴⁵ que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana,

igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad, el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara precederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras, ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas: ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno,—y la unión tácita y urgente del alma continental.⁴⁶ ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación

real⁴⁷ lleva a cuestras, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí,⁴⁸ por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

La Revista Ilustrada de Nueva York, 1ro de enero de 1891.

Notas

- ¹ “Los gigantes que llevan siete leguas en las botas”: Alusión a un personaje fabuloso de cuentos para niños (como *Pulgarcito*, de Charles Perrault), utilizado aquí para simbolizar la desproporción y el peligro de los países más poderosos (cuyo desarrollo es “siete veces” más rápido) en sus relaciones con los más pequeños y débiles. Ya en “Meñique” en *La Edad de Oro* (julio de 1889), Martí había ilustrado para los niños de nuestra América, mediante el cuento de Laboulaye, la tesis de que “el saber vale más que la fuerza”. (*Obras Completas*, t. 18, La Habana, 1963-1973, pp. 310-324. En lo adelante identificaremos esta edición con las siglas *O.C.*) En su última carta a Manuel A. Mercado (Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895) consagrará políticamente, a partir del relato bíblico (1 Samuel 17), la imagen del pastorcillo David como vencedor del gigante Goliat (*O.C.*, t. 4, p. 168).
- ² “La pelea de los cometas en el cielo”: En su artículo “El hombre antiguo de América y sus artes primitivas” (*La América*, Nueva York, abril de 1884) Martí se refirió a una creencia indígena, la de “los cometas orgullosos, que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas”. Según Aristides Rojas, gran amigo venezolano de Martí: “Los macusies, en la [...] región de Orinoco, llaman al cometa *copeeseima* que quiere decir *nube orgullosa*; y también

wocinopsa, que equivale a un sol castigando las luces que lo siguen”, mientras “el sol dormido”, entre otros idiomas americanos, según Humboldt, es la luna (“sol de noche”, “sol que duerme”), y “la montaña inmóvil” para los quechuas era Sirio, al que consideraban centro del Universo. (Cf. C.V.: “Una fuente venezolana de José Martí”, en *Temas martianos. Segunda serie*, Centro de Estudios Martianos y Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982, pp. 138-139). Toda la metáfora de los cometas que en su pelea “van por el aire dormidos [es decir, irresponsables] engullendo mundos”, debe relacionarse con el siguiente pasaje de la crónica titulada “Congreso Internacional de Washington” (*La Nación*, Buenos Aires, 19 y 20 de diciembre de 1889): “¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?” (*O.C.*, t. 6, p. 57)

- ³ “los varones de Juan de Castellanos”: Alude a las *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589), escritas por Juan de Castellanos (1522-1607) en Nueva Granada, composición de 150 000 endecasílabos, cuyo influjo en algunos pasajes de nuestro *Espejo de paciencia* (1608), de Silvestre de Balboa Troya y Quesada, ha sido señalado por la crítica.
- ⁴ “la bandera mística del juicio final”: Entre otros pasajes bíblicos, puede referirse al siguiente de Isaías (18,3): “Vosotros, todos los moradores del mundo y habitantes de la tierra, cuando se levante bandera en los montes, mirad; y cuando se toque trompeta, escuchad.”
- ⁵ “que les llamen el pueblo ladrón”: En *O.C.*, t. 6, p. 15: “que les llame el pueblo ladrones”, modificación que cambia el sentido.

- 6 “como la plata en las raíces de los Andes”: Otro símil telúrico le sirvió a Martí para expresar una idea semejante en su carta a Federico Henríquez y Carvajal fechada en Montecristi, el 25 de marzo de 1895: “Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.” (O.C., t. 4, p. 112)
- 7 “vayan al Prado, de faroles”: Se refiere al Paseo del Prado, en Madrid. En cuanto a “ir de faroles”, “farolear”, según el *Diccionario de la lengua española*, significa “fachendear” (“Hacer ostentación vanidosa o jactanciosa”) o “papelonear” (“Ostentar vanamente autoridad o valimiento”). De acuerdo con el *Diccionario general de americanismos* de Francisco J. Santamaría (México, Edit. Pedro Robredo, 1942), en México se llama “farol” a un “sujeto de poca miga que presume de personaje y se da mucha importancia”. En el *Léxico mayor de Cuba* (La Habana, Lex, 1958), de Esteban Rodríguez Herrera, se registran “farol” como “embuste o mentira exagerada, con todas las características de un engaño”; “farolear”: “tirar o echar faroles o mentiras”, “fanfarronear”; y “farolero”: “persona amiga de tirar o echar faroles.”
- 8 “vayan a Tortoni, de sorbetes”: Por el sentido contextual, no parece referirse a “sorbetes” como refrescos congelados en forma cónica, sino a su acepción mexicana: “sombbrero de seda, de copa alta”, o “sombbrero de pelo, chistera” (*Diccionario general de americanismos*, ed. cit.) Tortoni era un famoso restaurante parisién.
- 9 “América que ha de salvarse con sus indios”: En “Arte aborigen” (*La América*, Nueva York, enero de 1884) escribió Martí: “O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha.” (O.C., t. 8, p. 329) Y en “Autores americanos aborígenes” (*La América*, abril de 1884): “¿No se ve cómo del mismo golpe

- que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América.” (O.C., t. 8, pp. 336-337)
- ¹⁰ “la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios”: Cf. “Los indios en los Estados Unidos”, publicado en *La Nación*, Buenos Aires, el 4 de diciembre de 1885. (O.C., t. 10, pp. 319-327)
- ¹¹ “Washington”: Sobre George Washington (1732-1799), uno de los fundadores, libertador y primer presidente de los Estados Unidos, escribió Martí en varias ocasiones, señaladamente en su crónica “El centenario americano”, publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, el 21 de junio de 1889. (O.C., t. 13, pp. 377-389)
- ¹² “¡Estos ‘increíbles’ del honor [...!]”: Durante la Revolución Francesa, bajo el Directorio, se llamó “increíbles” (“incroyables”) a los jóvenes de la oposición realista caracterizados por su gran afectación en el vestir, los modales y el habla, de la que suprimían las erres. El apodo les vino de la afectación con que repetían: “*c’est incroyable, ma paole d’bonneu*.” A partir del origen anecdótico de la frase, es muy aguda la aplicación que de ella hace Martí.
- ¹³ “nuestras repúblicas dolorosas de América”: En el discurso conocido por “Madre América”, ante los delegados a la Primera Conferencia Internacional Americana, el 19 de diciembre de 1889, había dicho: “Pero por grande que esta tierra sea, y por unvida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más in-feliz, la América en que nació Juárez.” (O.C., t. 6, p. 134. La cursiva es de C.V.)

- ¹⁴ “Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal”: En su carta a Ricardo Rodríguez Otero, fechada en Nueva York, el 16 de mayo de 1886, Martí dijo de la patria: “Es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella.” (*O.C.*, t. 1, p. 196)
- ¹⁵ “irredimible”: En *El Partido Liberal* y en *O.C.*, t. 6, p. 16: “irremediable.”
- ¹⁶ “gamonal”: Según el *Diccionario*, “cacique”, y en su segunda acepción: “Persona que en un pueblo o comarca ejerce excesiva influencia en asuntos políticos o administrativos.”
- ¹⁷ “Hamilton”: Alexander Hamilton (1757-1804), nacido en la isla antillana de Nevis, estadista norteamericano, uno de los principales colaboradores de Washington. En su crónica sobre “Las fiestas de la Constitución en Filadelfia”, aparecida en *La Nación*, de Buenos Aires, el 13 de noviembre de 1887, Martí hace de él un retrato mínimo: “Allí el impetuoso Hamilton en quien la elegancia contenía el valor y la gracia el genio, sagaz, incansable, de talentos múltiples; cauto en obrar y hablar; hijo de escocés y francesa; precoz, como nacido en zona cálida; fundador de la hacienda; hombre de arriba, de brillo y de pompa; acusado de desear la monarquía; no limpio de culpa; muerto luego de un balazo.” (*O.C.*, t. 13, pp. 317-318)
- ¹⁸ “Sieyès”: Emmanuel-Joseph Sieyès (1748-1836), abate y político francés, famoso como teórico de la Revolución Francesa, fundador del club de los Jacobinos, miembro de la Constituyente, de la Convención, del Consejo de los Quinientos, director y cónsul. En vísperas de la Revolución publicó un célebre escrito sobre *El Tercer Estado*.
- ¹⁹ “no se desestanca la sangre cuajada de la raza india”: En el discurso pronunciado en el Club de Comercio de Caracas, el

21 de marzo de 1881, Martí había dicho: “hay que devolver al concierto humano interrumpido la voz americana, que se heló en hora triste en la garganta de Netzahualcoyotl y Chilam; hay que deshelar, con el calor de amor, montañas de hombres.” (O.C., t. 7, p. 285)

- ²⁰ En su “Discurso de Angostura” (15 de febrero de 1819), síntesis de su ideario, Bolívar había dicho: “¿No sería muy difícil aplicar a España el código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice el *Espíritu de las Leyes* que estas deben ser propias para el pueblo en que se hacen; que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra; que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos; referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!” (Simón Bolívar: *Doctrina del Libertador*, Biblioteca Ayacucho 1, 1976, p. 108)

Por otra parte, Julio Antonio Mella comentó la sentencia final de este párrafo: “El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país”, con las siguientes palabras: “Puede ser. Pero donde no hay equilibrio, donde no hay “*elementos naturales*”—no lo es nunca el rico capitalista aburguesado y opresor, o su amo, el imperialismo— donde no hay gobierno, donde no hay nada, es necesario eliminar los elementos no “*na-turales*”. (Cf. “Glosas al pensamiento de José Martí”, en *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, La Habana, 1978, pp. 14-15. Existe una edición posterior de 1985)

²¹ “No hay batalla entre la civilización y la barbarie”: Refutación, aquí explícita, pero implícita en todo el texto, de la tesis mantenida por Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) en su obra más famosa: *Facundo o Civilización contra Barbarie* (1845), historia del caudillo riojano y alegato contra el tirano Rosas. No obstante su discrepancia, en su crónica “Un libro del Norte sobre instituciones españolas en los Estados que fueron de México”, publicada también por *El Partido Liberal* el 25 de noviembre de 1891, y abundando en criterios expuestos en *Nuestra América*, escribió Martí: “Saberse de memoria a Taine no vale tanto, para gobernar el territorio de Tepic, como conocer hombre a hombre y costumbre a costumbre el territorio. Ni con galos ni con celtas tenemos que hacer en nuestra América, sino con criollos y con indios. Lo que Sarmiento, el primero, hizo en la Argentina con su libro fundador, su famoso ‘Civilización y Barbarie’, lo hacía Justo Sierra hace un año en México. Es necesario conocernos para gobernarnos.” (*O.C.*, t. 7, p. 59) Por su parte Sarmiento —no sin disentir, como era previsible, de la actitud cada vez más crítica de Martí ante el “modelo norteamericano”—, pidiéndole a Paul Groussac la traducción de la crónica martiana sobre la inauguración de la Estatua de la Libertad en Nueva York, había escrito en *La Nación*, de Buenos Aires, el 4 de enero de 1887: “En español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal”, y añadió: “Deseo que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya.” (Cf. *Obras completas de D. F. Sarmiento*, t. XLVI, Imp. y Lit. Mariano Moreno, Buenos Aires, 1900, pp. 173-176) Llegó el homenaje a Martí, quien el 7 de abril de 1887 escribió a Fermín Valdés Domínguez: “Olvidaba decirte que te mando lo que un hombre famoso de la América del Sur, Sarmiento,

el verdadero fundador de la República Argentina, y hombre de reputación europea, sobre ser innovador pujante, acaba de escribir de mí. No me conoce, y aun sospechaba por mis opiniones sobre los Estados Unidos, no tan favorables como las suyas, que no era muy mi amigo. Y ve las cosas que se ha puesto a escribir.” (O.C., t. 20, p. 325) No obstante el mutuo respeto y admiración que se profesaron, las concepciones que tuvieron Sarmiento y Martí acerca de la “civilización”, la “barbarie”, las razas indígenas y el papel de los Estados Unidos en el desarrollo futuro de “nuestra América”, resultan inconciliables.

- ²² “arcontes”: Magistrados a los que se confirió el gobierno de Atenas y otras ciudades en la antigua Grecia.
- ²³ “pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”: Jean Lamore observa: “Es interesante notar el punto de vista similar de José Carlos Mariátegui, que escribía en *Aniversario y balance* (en *Ideología y política*, Lima, 1969): ‘No deseamos ciertamente que el socialismo en América sea una copia o un calco. Debe ser una creación heroica. Debemos dar vida, con nuestra propia realidad, con nuestro propio lenguaje, al socialismo indo-americano.’” (Cf. *José Martí: La guerre de Cuba entre le destin de l’Amerique Latine*, Aubier Montaigne, Paris, 1973, nota 18, trad. por C.V., p. 273)
- ²⁴ “que en nuestras dolorosas repúblicas americanas”: Nótese, en esta recapitulación, la musicalidad del tema que vuelve como un *ritornello*.
- ²⁵ “el estandarte de la Virgen”: Se refiere a la Virgen de Guadalupe, cuya imagen, tomada por el cura Miguel Hidalgo Costilla (1753-1811) del Santuario de Atotonilco, fue bandera de su ejército en la guerra de liberación iniciada el 16 de septiembre de 1810.

²⁶ “Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer”: En “Tres héroes”, en *La Edad de Oro* (n. 1, julio de 1889), Martí había escrito: “Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios.” (*O.C.*, t. 18, p. 306) En ambos casos alude al cura Hidalgo, a oficiales sublevados con él —como Abasolo, Allende y Aldama— y a la esposa del corregidor de Querétaro, Manuel Domínguez, la heroína Josefa Ortiz, a la que Martí proyectaba incluir en un estudio sobre las “Mujeres de América”. (Cf. *O.C.*, t. 22, p. 158)

²⁷ “un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa”: Probablemente se refiere (aunque no fue español, sino criollo) al canónigo Antonio José de las Mercedes Larrazábal (1769-1853), profesor de la Universidad de San Carlos, electo representante de Guatemala en las Cortes de Cádiz que proclamaron la Constitución liberal de 1812. En 1815 el gobernador José Bustamante y Guerra, por orden del rey, “mandó al Ayuntamiento que recogiera las Instrucciones dadas al diputado a las Cortes de Cádiz de 1812, canónigo Larrazábal, porque se inspiraban”, decía, “en las proposiciones de la Asamblea Nacional de Francia”. (Cf. Manuel Galich: *Guatemala*, Casa de las Américas, La Habana, 1968, p. 64) Otro canónigo —Juan Nepomuceno de San Juan— fue enviado a España por la capitania de Guatemala al restaurarse la Constitución de Cádiz en 1820, año en que se decretó la libertad de imprenta y empezó a publicarse *El Editor Constitucional*, dirigido por el doctor Pedro Molina, sin duda uno de aquellos “bachilleres magníficos” aludidos en el texto, que figura como personaje en el “borrador dramático” *Patria y libertad*, escrito por Martí en Guatemala, en abril de 1877, para conmemorar la independencia de ese país. (*O.C.*, t. 18, pp. 129-175)

- ²⁸ “contra España al general de España”: Se refiere al capitán general de Guatemala, don Gabino Gaínza, convertido en jefe del nuevo gobierno de Centro América, separada de la corona española, por decisión de la Asamblea convocada el 15 de septiembre de 1821.
- ²⁹ “uno, que no fue al menos grande, volvió riendas”: Alude al general San Martín y al desenlace de su entrevista con Bolívar en Guayaquil (26-27 de julio de 1822). En “Tres héroes” había escrito Martí: “Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fue a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes.” (*O.C.*, t. 18, p. 308) (Cf. “San Martín, Álbum de *El Porvenir*, Nueva York, 1891, en *O.C.*, t. 8, pp. 223-233)
- ³⁰ “bibliógenos”: neologismo por “nacidos o hijos de los libros”.
- ³¹ “Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores”: Diez años antes, en el “Cuaderno de Apuntes 6” (1881), se halla un antecedente de este pensamiento central de “Nuestra América”. Es el apunte que dice: “En América, la revolución está en su período de iniciación.—Hay que cumplirlo. Se ha hecho la revolución intelectual de la clase alta: helo aquí todo. Y de esto han venido más males que bienes.” (*O.C.*, t. 21, p. 178)
- ³² “la raza aborigen”: Preferimos aquí la lección de *O.C.*, (t. 6, p. 19), aunque en *La Revista Ilustrada de Nueva York* y en *El Partido Liberal* se lee “aborigene”.
- ³³ “como anunció Rivadavia”: Bernardino Rivadavia (1780-1845), político y prócer argentino, primer presidente de su país (1826-1827), bajo cuyo mandato se promulgó la Constitución unitaria, rechazada por las provincias. Per-

seguido por Rosas, se expatrió en Uruguay y más tarde en Cádiz, donde murió. No obstante sus errores, es una de las más altas figuras civiles de la Argentina. De él dijo Bartolomé Mitre: "adelantándose a su tiempo, enseñó que el hombre, libre por su naturaleza, no es el siervo perpetuo de la gleba, ni el feudatario de otros hombres constituidos en autoridad." (UTEHA)

³⁴ "en la puerta del Congreso de Iturbide": Agustín de Iturbide (1783-1824). Emperador de México, nacido en Valladolid, actual Morelia. Ascendió en la carrera militar peleando contra los insurgentes mientras gozaba de la confianza del Virrey Apodaca. Después de varios reveses sufridos frente al general Guerrero, intentó manipular el movimiento independentista y formuló el llamado Plan de Iguala. Consumada la independencia de México, el 18 de mayo de 1822 el sargento Pío Marcha lo proclamó emperador, acto que tuvo que ser ratificado por el Congreso a los dos días, y al cual alude el texto. Coronado el 21 de julio siguiente, la pugna con el Congreso y la oposición republicana encabezada por Santa Anna lo llevaron a abdicar el 20 de marzo de 1823. Fue condenado a muerte por el Congreso mientras estaba en Europa, y al regresar a México dicha sentencia se hizo efectiva, en Padilla, el 19 de julio de 1824. (Cf. el Plan de Iguala en: Jesús Silva Herzog: *De la historia de México, 1810-1938*, Siglo XXI, 1980, pp. 26-27)

³⁵ "el genio de la moderación": En el ensayo "El amor como energía revolucionaria en José Martí" (*Albur*, órgano de los estudiantes del ISA, a. 4, La Habana, mayo de 1992, pp. 58-63), Fina García Marruz ha observado la relación que establece Martí entre el heroísmo y la moderación dentro de la dinámica más profunda de "la capacidad de sacrificio". La consideró virtud vinculada con "la armonía serena de la

Naturaleza”, distintiva de los mejores hombres de “nuestra América”, cuyo paradigma poético lo encontró en Heredia: “volcánico como sus entrañas, y sereno como sus alturas.” (O.C., t. 5, p. 136) Tan elogiosa como esperanzadamente se refirió varias veces al “heroísmo juicioso de las Antillas” y a “la moderación probada del espíritu de Cuba”, expresiones consagradas en el *Manifiesto de Montecristi*. (O.C., t. 4, pp. 101 y 94, respectivamente)

³⁶ “la lectura de tanteo y falansterio”: Con esta alusión a los “falansterios” ideados por Charles Fourier (1722-1837), lugares donde debían habitar cada una de las falanges en que dividía la sociedad, Martí resume toda una corriente de utopismo social típica de la primera mitad del siglo XIX.

³⁷ “en estos tiempos reales, el hombre real”: En contraste con lo apuntado en la nota anterior, se destaca en este pasaje el característico uso martiano del adjetivo “real”, concentrador de todo lo verdadero, auténtico, desnudo, original y, por tanto, en última instancia, creador.

³⁸ “Nos quedó el oidor”: Quiere decir que la judicatura, en los países ya liberados de España, siguió la misma tradición formalista, retórica y burocrática de los “oidores” o ministros togados que en las audiencias del reino español oían y sentenciaban las causas y pleitos.

³⁹ “el prebendado”: Puede referirse, en el campo eclesiástico, a los canónigos oracioneros beneficiados con rentas; o, en términos generales, a todo tipo de parásitos sociales.

⁴⁰ “Se probó el odio”: La prédica martiana contra el odio, patente y constante desde *El presidio político en Cuba* hasta el *Manifiesto de Montecristi*, no tiene un sentido únicamente ético sino también político. En realidad, ambas instancias en Martí son indiscernibles. Por el lado político, sin embargo,

se destacan sentencias o reflexiones como estas: “Los odia-
dores debieran ser declarados traidores a la República. El
odio no construye” (O.C., t. 14, p. 496); “por Dios que esta
es guerra legítima,—la última acaso esencial y definitiva
que han de librar los hombres: la guerra contra el odio”.
(O.C., t. 22, p. 210)

⁴¹ “se empieza como sin saberlo, a probar el amor”: El con-
cepto martiano del amor no es únicamente afectivo sino
también cognoscitivo. De ahí su memorable declaración:
“Por el amor se ve. El amor es quien ve. Espíritu sin amor,
no puede ver.” (O.C., t. 21, p. 419) En el ensayo de Fina
García Marruz, citado en la nota 35 se estudia ampliamente
esta concepción esencial en el pensamiento revolucionario
martiano.

⁴² “la melena zorrillezca”: Alusión metafórica al romanticismo
retórico de José Zorrilla (1817-1893), autor al cual Martí
había dedicado líneas de afectuosa simpatía en “Modern
Spanish Poets”, crónica aparecida en *The Sun*, Nueva York,
26 de noviembre de 1880. (O.C., t. 15, pp. 23-24)

⁴³ “cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado”: Alusión al
célebre chaleco (“gilet flamboyant”: chaleco llameante, según
la descripción de Víctor Hugo) con que participó Théophile
Gautier (1811-1872) en la llamada “batalla de *Hernani*” (1830),
cuyo estreno simbolizó el triunfo del romanticismo en Francia.
Entre ambos ejemplos —Zorrilla, Hugo— hay un tácito juicio
de valor: mientras “la melena zorrillezca” debe ser “cortada”,
“el chaleco colorado” es ya historia, pero historia perdurable,
pues la poesía lo “cuelga del árbol glorioso”, del árbol que da
la fama artística, del laurel.

⁴⁴ “un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y
la desdeña”: El elemento de “desdén” en la actitud de los

Estados Unidos hacia los pueblos de “nuestra América” fue claramente captado por Martí. Varias veces aludió a él, pero nunca, por necesaria cautela política (porque “en silencio ha tenido que ser”), de modo tan crudo como en su última carta a Manuel A. Mercado: cuando se refiere a las gestiones anexionistas e imperialistas del “Norte revuelto y brutal que los desprecia” [a nuestros pueblos]. (O.C., t. 4, pp. 167-168) Pocas líneas después, en el texto, concluirá categóricamente: “El desdén del vecino formidable que no la conoce es *el peligro mayor* de nuestra América.” Cierto que, agotando las previsiones de la buena voluntad, supone que el desdén puede ser efecto del desconocimiento, pero en el fondo sospecha —y en la carta a Mercado se trasluce con evidencia— que el desdén es *la causa* del desconocimiento. Por eso dice que es —ese “desdén” o “desprecio”— “el peligro mayor”.

⁴⁵ “las razas de librería”: Martí negó siempre el concepto divisor y discriminador de “raza”, tan manejado, con mayor o menor ingenuidad, por el cientificismo positivista de su tiempo. En el polo opuesto de su pensamiento sobre este punto —diáfamanamente expresado también en “Mi raza” y otros textos— se sitúa el libro de Sarmiento *Conflictos y armonías de las razas en América* (1833). (Cf. Fernando Ortiz: “Martí y las razas”, en *Vida y pensamiento de Martí*, vol. II, Municipio de La Habana, 1942, pp. 335-367)

⁴⁶ “la unión tácita y urgente del alma continental”: Nótese que dice la unión “tácita”, y no de las naciones, sino del “alma continental”, lo que excluye la idea de una unión o federación política de los países de “nuestra América”, proyecto erróneo en el que, no obstante su reconocida y exaltada grandeza de Libertador, cayó Bolívar, “empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la

revolución”, en “desacuerdo patente” con “la misma revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia del gobierno local y con la gente de la casa propia”, según se lee en el Discurso en honor de Simón Bolívar del 28 de octubre de 1893, donde insiste en que lo deseable era “la unidad de espíritu”, no la “unión en formas teóricas y artificiales”, y de nuevo apela a “la fuerza moderadora del alma popular”. (O.C., t. 8, pp. 246-247)

⁴⁷ “la generación real”: Así en *La Revista Ilustrada de Nueva York*, donde por primera vez apareció “Nuestra América” el 1ro de enero de 1891. En *El Partido Liberal* (México, 30 de enero de 1891), única fuente declarada en las *Obras completas*, después de “generación” no hay ningún adjetivo, seguramente por errata, lo que indica que la palabra, “actual” se añadió desde la primera edición de *Obras completas* de Martí por Gonzalo de Quesada y Aróstegui (vol. IX, *Nuestra América*, Imp. y Papelería de Rambla y Bouza, 1910) y se reprodujo en las siguientes. Cabe la posibilidad [hoy inverificable] de que dicho primer editor conociera la enmienda escrita o indicada verbalmente por Martí. (Sobre el uso martiano del adjetivo “real”, ver la nota 37.)

⁴⁸ “regó el Gran semí [...] la semilla de la América nueva!”: En su artículo “Maestros ambulantes” (*La América*, Nueva York, mayo de 1884) había escrito Martí: “¡Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones, como cuentan los indios del Amazonas que para crear a los hombres y a las mujeres, regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!” (O.C., t. 8, pp. 291-292) La imagen del Gran Semí (o Grande Espíritu) procede sin duda de la figuración mítica del Padre Amalivaca, propia de los indios tamanacos, sobre el cual da preciosas infor-

maciones, seguramente conocidas por Martí, su amigo venezolano Aristides Rojas en *Estudios indígenas* (1878). Allí leemos —en relato a su vez extractado por Rojas del *Saggio di storia americana* (Roma, 1780-1784) del abate Filippo Salvatore Gili— que, una vez aplacado el diluvio que destruyó la primera raza humana, los dos únicos sobrevivientes, Amalivaca y su mujer, “comenzaron a arrojar, por sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que de las semillas de estas salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra”. Otro aspecto del mito que debió impresionar a Martí es que Amalivaca les fracturó las piernas a sus hijas “para imposibilitarlas en sus deseos de viajar y poder de esta manera poblar la tierra de los tamanacos”, señalando así a los indígenas el camino de la fidelidad a lo propio, de la autoctonía, que es para Martí el camino fundamental de América. Por otra parte —y esto nos remite de nuevo a la polémica tácita con Sarmiento— Humboldt consideró al Gran Semí evocador de Amalivaca como “el personaje mitológico de *la América bárbara*”. (Cf. C.V.: “Una fuente venezolana de José Martí”, en *Temas martianos. Segunda serie*, ed. cit., pp. 105-113, 141-142) Todo el texto de *Nuestra América* puede leerse a la luz del criterio profundamente descolonizador según el cual para Martí, en la *praxis* histórica, *barbarie* “es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea”, según se lee en “Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos” (*La América*, Nueva York, junio de 1884. en *O.C.*, t. 8, p. 442).

Índice

Prólogo / 7

Nuestra América / 37

Notas / 55

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos
del Servicio Autónomo Imprenta Nacional
y Gaceta Oficial
en Caracas-Venezuela
Se imprimieron 1500 ejemplares

El 1o de enero de 1891 la Revista Ilustrada de Nueva York publicó "Nuestra América", ensayo de José Martí, aparecido el 30 de enero del mismo año en el diario mexicano El Partido Liberal. Pieza mayor del pensamiento descolonizador, antimperialista y liberador de Latinoamérica; honda reflexión acerca de la identidad continental; debate con la modernidad y sus resultados para nuestra región; a los 120 años de su publicación inicial, este texto continúa admirando por su novedad y lucidez al examinar los problemas de las naciones hispanoamericanas y por su planteo acerca de la necesidad de la acción unida de nuestros países. Esta edición fue preparada para el centenario del ensayo por el destacado escritor e investigador Cintio Vitier (1921-2009), fundador y presidente de honor del Centro de Estudios Martianos de La Habana, institución que ha aportado varias reimpresiones. Un valioso estudio de Vitier acerca de este escrito martiano, complementa esta edición. Como contribución a la difusión del pensamiento martiano y en correspondencia con el desarrollo de la revolución bolivariana, la Casa de Nuestra América José Martí pone en manos del pueblo latinoamericano tan insigne obra

República Bolivariana de Venezuela
Instituto Autónomo



Biblioteca Nacional
y de Servicios de Bibliotecas
Casa de Nuestra América
José Martí

ISBN 978-940-6065-06-8



9 789806 865068 ▶